

divina sabiduría, aficiona mi voluntad con tu bondad soberana, y fortalece mis potencias con tu admirable potencia, para que conozca los innumerables y soberanos beneficios que de tí han procedido, y por ellos te ame con fervor, y te sirva y obedezca con fortaleza por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XVII.

DE LA OMNIPOTENCIA DE DIOS EN LA CREACION DEL MUNDO,
Y DE LA GRANDEZA DE ESTE BENEFICIO.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar el artículo principal de nuestra fe, en que confesamos que Dios nuestro Señor, con su poder infinito (1), al principio crió cielos y tierra, y todas las cosas visibles é invisibles que hay en el mundo (2), de modo que ninguna hay, grande ni pequeña, la cual no traiga origen de Dios, conforme á lo que dice san Juan del Verbo divino: *Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no fué hecha cosa alguna de cuantas han sido hechas* (3): y por consiguiente yo tambien soy hechura de Dios, y de él he recibido el ser que tengo. En este artículo se ha de ponderar,—lo primero, como todas cuantas cosas hay fuera de Dios, tuvieron principio y comenzaron á ser como antes no fuesen. De suerte, que antes de la creacion del mundo, que cuenta la divina Escritura, no habia cosa alguna fuera de Dios; todo era nada, y solo Dios era de quien todas las cosas recibieron el ser que tienen; y por consiguiente, si yo me considero en mi origen, soy nada, no solo quanto al alma, sino quanto al cuerpo; porque aquello de que fuí hecho, algun tiempo era nada. De donde me moveré á dar infinitas gracias á Dios, que con su omnipotencia me sacó del abismo de la nada, y me fundaré en esta profunda humildad, diciendo con el Apóstol: *Ó alteza de la sabiduría y omnipotencia de Dios, ¿quién le dió algo primero, para que esté obligado á pagárselo* (4)? El es el primero que dió á todos todo lo que tienen, y á quien todos deben dar gracias por todo lo que poseen; porque de él, por él, y en él son todas las cosas, á quien se debe toda la honra y gloria por todos los siglos. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como Dios nuestro Señor libremente, y de su voluntad pura y graciosa, crió estas cosas, sin que hubiese quien le forzase, porque ni le forzaron merecimientos,

(1) D. Thom. 1 p. q. 44.—(2) Genes. 1, 1.—(3) Joan. 1, 3.—(4) Rom. xi, 33.

pues no habia quien mereciese; ni le forzó su necesidad ó interese, porque sin sus criaturas era bienaventurado, y ninguna necesidad tenia de ellas; ni le forzó la bondad de las criaturas, porque es muy limitada, y no necesita ser amada de nadie quanto menos de Dios; y así por su sola bondad y misericordia se movió á criarlas para sí mismo, y para gloria suya (1). Ó alma mia, alaba y glorifica á tu Criador, por tan soberano beneficio como te ha hecho, sacando tantas cosas, y á tí con ellas, del abismo de la nada, para darte el ser que tienes; y pues quiso criarlas, y criarte por sola su libre voluntad porque era bueno, emplea todo tu ser y quanto tienes en servirle con tu libre voluntad, solamente porque es bueno, y porque te crió sin merecerlo.

3. Lo tercero, se ha de ponderar como Dios nuestro Señor en esta obra no tuvo otro ejemplar ni modelo que á sí mismo: de suerte, que solo él fué la causa eficiente que hizo todas las cosas, y el fin último á quien las ordenó, y el ejemplar de donde las sacó. Porque descubriendo con su infinita sabiduría todas las cosas que podía hacer, y la traza y orden de ellas, escogió con su libre voluntad este orden de criaturas que hay en el mundo, y con su omnipotencia le ejecutó; y por consiguiente, como entonces dejó infinitas criaturas en el abismo de la nada, y escogió criar las que crió, así dejando infinitas almas en el mismo abismo, escogió entre otras la mia, para criarla á su tiempo: por lo cual le debo infinitas gracias, acordándome de lo que dijo á Job: *Cuando yo criaba el mundo* (2), ¿sabias tú que habias de nacer y los años que habias de vivir? Como quien dice: Tú no lo podias saber, pero yo ya lo sabia, y por mi bondad estaba determinado á ello. Ó Dios sapientísimo y poderosísimo, ¿qué viste en mi alma, para querer criarla, dejando otras innumerables en el abismo de la nada? Ó fin último de todas las criaturas, ¿por qué criaste mas esta miserable que á otras muchas que te glorificaran mejor que ella? Ó ejemplar de todas las cosas que se pueden criar, ¿por qué quisiste criarme á mí mas que á otras muy mejores de quien tambien eras ejemplar? No hay otra causa, Dios mio, sino tu pura y santa voluntad, por la cual me crió tu omnipotencia, dándome el ser que tengo porque quiso; y pues tan liberalmente lo has hecho conmigo, yo te serviré siempre, porque así lo quieres. Tú serás mi último fin en todas mis cosas, porque así lo mandas; y á tí miraré como á ejemplar y dechado de mi

(1) Prov. xvi, 4. — (2) Job, xxxviii, 21.

vida, porque así lo ordenas: tu voluntad, Señor mio, será siempre la mía, pues mi ser y cuanto tengo me vino de ella.

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se han de considerar las cosas en que resplandece la omnipotencia de Dios, en esta obra de la creacion del mundo (1), reduciéndolas á tres ó cuatro, mas principales.—La primera es, que no tuvo necesidad de algunos materiales para fabricar este mundo, como la tienen Ángeles y hombres para sus fábricas y obras artificiales, sino de nada hizo las partes mas principales del mundo, dándolas su ser todo y entero, sin que nada de él precediese antes. De este modo crió el cielo y la tierra, y las sustancias espirituales, como son los Ángeles y nuestras almas, las cuales no pueden ser hechas sino de nada, para que conozcan la total obligacion que tienen de servir á Dios nuestro Señor con todo lo que son, y á darle gracias por todo, sin presumir nada de sí. Ó Criador omnipotente, justo es que toda mi alma te sirva, pues de nada la hiciste. Razon es que te ame con todo mi corazon, con todo mi espíritu, y con toda mi virtud, pues todo me lo diste para que con todo te amase. Ó alma mia, ¿qué tienes que no hayas recibido (2)? Y pues todo lo has recibido de Dios, da de todo la gloria á Dios; y si de tí no tienes nada, no te glories si no es de tu nada; pon toda tu confianza, no en tí que nada puedes, sino en Dios que lo puede todo, y llama las cosas que no son, como si fuesen (3), sacándolas de la nada, para que tengan ser y poder para servirle y glorificarle por todos los siglos. Amen.

2. Lo segundo, resplandece la divina omnipotencia en haber hecho unas cosas de otras del modo que quiso; porque aunque pudiera criar de nada todos los vivientes, quiso mostrar su poder en hacer del agua los peces y aves, de la tierra las plantas y animales, para que se entienda, que tiene pleno señorío y potestad de sus criaturas, mudándolas, y convirtiendo unas en otras á su voluntad, y de aquí aprenda yo á sujetarme á su señorío, alegrándome de tener tan poderoso Señor, á cuya voluntad todas las cosas están sujetas.

3. Lo tercero, resplandece en haber hecho esta obra de la creacion del mundo á solas, sin tener quien le ayudase en ella. Yo dice, soy el Señor que hice todas las cosas: yo solo extendí los cielos, y establecí la tierra, y ningún otro conmigo (4). Y aunque pudiera despues de haber criado los Ángeles (5), servirse de ellos para hacer

(1) D. Thom. 1 p. q. 43. — (2) I Cor. iv, 7. — (3) Rom. iv, 17.

(4) Isai. XLV, 12. — (5) D. Thom. 1 p. q. 63, art. 3.

algunas cosas corporales, no quiso, sino hacer él solo toda esta primera obra, para que los hombres, por quien la hacia, reconociésemos vasallaje á él solo; y á él solo adorásemos y sirviésemos como á nuestro Criador, y Hacedor de todas las cosas, dándole la gloria de ellas, como los ancianos del Apocalipsis, que decian: *Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la honra y gloria, y la potestad, porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad fueron y perseveraron, como por ella fueron criadas* (1).

4. Obediencia á Dios á imitacion de las criaturas.—Lo cuarto, resplandece la omnipotencia de Dios en la facilidad con que hizo todas estas cosas solo con quererlo, y con decirlo ó mandarlo, obedeciéndole todo sin resistencia alguna y sin dilacion, porque en el mismo instante que lo decia quedaba hecho. Dijo Dios: *Fiat lux*, hágase la luz, y al punto se hizo. Y como dice David: *Él lo dijo, y todas las cosas quedaron hechas; él lo mandó, y todas las cosas fueron criadas*. De donde sacaré por una parte una grande admiracion de la omnipotencia de Dios, á cuya voluntad eficaz ninguno puede resistir, y por otra parte una grande resolucion de obedecer á Dios sin contradiccion, ni dilacion ó tardanza en todo cuanto me mandare, con una obediencia pronta, puntual, instantánea y muy perfecta. Ó alma mia, ¿por qué no te sujetas al imperio y mandamiento de tan poderoso Dios? ¿por qué tú sola resistes á quien todas las cosas obedecen? Él te dió libertad para querer y no querer; renuncia la que tienes para le resistir, usando siempre de ella para le obedecer. Ó Dios omnipotente, mándame con tal eficacia lo que quieres, que nunca contradiga á lo que me mandas.

PUNTO TERCERO.—Lo tercero, se ha de considerar el modo que tuvo la omnipotencia de Dios en criar todas las cosas, adornándolas y perfeccionándolas poco á poco (2), porque, aunque pudiera en un instante criarlas con toda su perfeccion, quiso hacerlo en espacio de seis dias (3), por algunos fines y motivos de nuestro provecho.—El primero, para que entendiésemos mejor y mas distintamente la traza de la sabiduría divina en la creacion del mundo, y aprendiésemos á meditarla, no á bulto, sino poco á poco, y por sus partes, dando gracias á nuestro Bienhechor por los nuevos beneficios que cada dia nos iba dando.—El segundo, para que entendiésemos mejor la necesidad que habia de las cosas que crió, mirando en el primer dia la falta que hacian las cosas que crió en el segundo, y en éste las que crió en el tercero, y así nos moviésemos á mayor amor

(1) Apoc. iv, 11. — (2) D. Thom. 1 p. q. 74. — (3) Genes. i, 31.

y agradecimiento por cada uno de estos beneficios.—El tercero, para que entendiésemos en esta primera obra de la creacion, como Dios nuestro Señor guarda este mismo estilo en la obra de nuestra santificacion y perfeccion, comunicándola, no toda junta de una vez, sino por sus partes y grados, primero un grado, despues otro, por todo el discurso de los seis dias, que representan el espacio de nuestra vida; hasta que llega el sábado del descanso eterno, en el cual la obra está ya perfecta, y se goza el premio del trabajo.

—Todo lo cual se irá ponderando por menudo en las meditaciones siguientes.—

MEDITACION XVIII.

DE LAS COSAS QUE DIOS CRIÓ EN EL PRIMER INSTANTE, Ó PRINCIPIO DEL TIEMPO.

—El fin de esta meditacion, y de las que se siguen, es considerar las cosas que hizo Dios en el principio del mundo, y en los seis dias primeros, para movernos con la consideracion de estos soberanos beneficios al amor y servicio del que los hizo, meditando algunas veces en cada día de la semana las obras que hizo aquel día. Pero advierto, que iré declarando la obra que suena la corteza del texto sagrado, dejando para las escuelas de los teólogos la disputa del sentido en que se dice haber sido en aquel día hechas aquellas cosas, ó del todo ó en parte, porque para el intento de estas meditaciones importa poco saber esto.—

PUNTO PRIMERO.—*De la creacion del cielo.*—1. El texto sagrado dice así: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra. La tierra estaba vana y vacía, y las tinieblas cubrian la sobre haz del abismo, y el espíritu del Señor se movía sobre las aguas* (1).—Lo primero, se ha de considerar como en el principio, esto es, en el principio del tiempo, el Padre eterno, por el principio, que es su Hijo, juntamente con su espíritu, que es el Espíritu Santo, dió principio á todas las cosas, criando de nada el cielo, con toda su grandeza y redondez. Y con ser tan grande le tiene medido á palmos (2), como dice por Isaías: y con ser tan esférico y redondo, no tuvo necesidad de cimbría para hacer y sustentar esta inmensa bóveda, que coge en medio toda la tierra, mostrando en esto su omnipotencia. Pero en particular crió entonces el supremo cielo que llamamos emíreo, que

(1) Genes. 1, 1. — (2) Isai. xi, 12.

quiere decir, resplandeciente como fuego, para que comprendiese dentro de sí toda la máquina del mundo visible, y para que fuese corte y trono de su reino, y perpetua morada de los bienaventurados, así Ángeles como hombres: de donde sacaré grandes afectos de admiracion, alabanza y gozo, por la grandeza de esta obra, y de este lugar tan maravilloso, suplicando á nuestro Señor que me lleve á él, pues le crió para mí. Ó Dios omnipotente, que criaste de nada el supremo de los cielos, y en él asentaste tu especial morada, dando la tierra á los hijos de los hombres (1), para que en ella mereciesen alguna morada de este cielo; concédeme que viva de tal manera en este valle de lágrimas, que llegue á vivir contigo en ese paraíso de deleites. Ó cielo gloriosísimo, alaba y bendice á tu Creador, y tus moradores le glorifiquen por la grandeza y hermosura que te dió, pues son bienaventurados los que para siempre moran en tí, que eres su casa, y por los siglos de los siglos le han de alabar en ella (2).

2. *De la creacion de los Ángeles.*—Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor no crió este cielo vacío de moradores como á la tierra, sino lleno de innumerables Ángeles (3), repartidos en tres jerarquías y nueve coros, y á todos en aquel mismo instante dió todas las perfecciones de naturaleza y gracia que convenia á cada uno, segun la traza de la divina Sabiduría. ¡Oh qué hermoso y admirable quedaria aquel cielo con este ejército de escuadrones celestiales tan bien ordenado y concertado! ¡Oh qué contenta estaria la santísima Trinidad, viendo aquellas tres jerarquías, cada una con tres coros, en que se representaban las excelencias de sus tres divinas Personas! ¡Oh qué contento y alegría tendrian estos nuevos soldados, viéndose unos á otros, y cada uno á sí mismo, adornados con tantas perfecciones! ¡Oh qué júbilo tendrian en aquel primer instante, conociendo al Creador de quien tanto bien habian recibido!

3. Con esta consideracion, provocaré á los Ángeles que perseveraron, para que glorifiquen á Dios ahora con las alabanzas que le dieron al principio, de las cuales se precia nuestro Señor, diciendo á Job: *¿Adónde estabas tú cuando á una me alababan las estrellas de la mañana, y con júbilo me bendecian los hijos de Dios* (4)? Ó Ángeles soberanos, que fuísteis las primicias de las obras de Dios, criados en la primera mañana y alborada del mundo; alabadle y bendecid-

(1) Psalm. cxiii, 16.—(2) Psalm. lxxxiii, 5.—(3) D. Thom. 1 p. q. 61, art. 3 et 4.

(4) Job, xxxviii, 7.